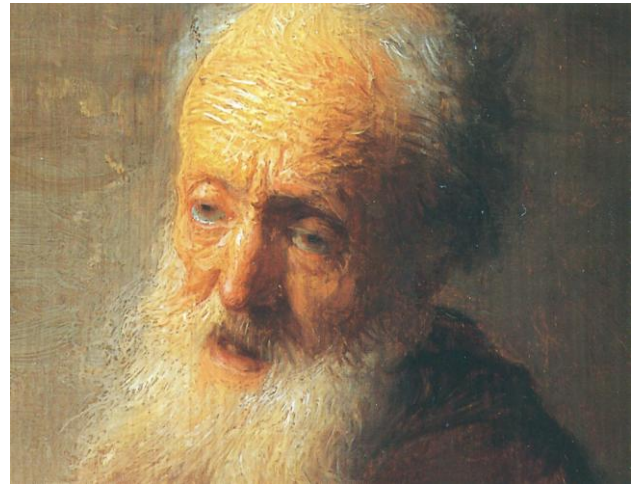


[espacio de espacio]

un espacio para tu fe



[haz espacio]

¡DEJAOS RECONCILIAR CON DIOS!

¡Estamos de enhorabuena, es Cuaresma! Lejos del espíritu aguafiestas de otros tiempos, la Cuaresma viene con una promesa bajo el brazo: Dios nos brinda una nueva oportunidad. El pasado no tiene porqué repetirse. ¡Podemos cambiar! Nuestra vida puede ser mejor, nuestros sueños no están completamente caducados. En un mundo en el que no suele haber segundas oportunidades para nada, Dios nos ofrece empezar de nuevo, recrear nuestra historia. Y es que con Dios lo que cuenta no es el pasado, sino el inmenso futuro que tenemos gracias a su misericordia. Sin embargo, es necesario echar una mirada lúcida y realista a nuestra vida y hacer cuentas con tanto peso adherido al alma. Y eso cuesta. El arrepentimiento es doloroso pero es la puerta para una nueva esperanza. Os invitamos a orar a través de la psicología de un “penitente” experimentado: San Pedro.

Canto

La misericordia del Señor, día a día, cantaré.

[espacio de la Palabra]

[Recitamos el salmo a dos coros. Después, cada uno puede elegir la frase que haya centrado su oración y la dice en voz alta]

Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.

Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.

Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.

La Palabra

Después de prenderlo, lo llevaron hasta la casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía de lejos. Habían encendido fuego en medio del patio, y Pedro se sentó entre los eestabana alrededor de la lumbre. Una sirvienta lo vio sentado junto al fuego., lo miró fijamente y dijo:

–También este andaba con él.

Pedro lo negó, diciendo:

–No lo conozco, mujer.

Poco después otro, al verlo, dijo:

–Tú también eres de ellos.

Pedro dijo:

–No lo soy.

Transcurrió una hora, y otro afirmó rotundamente:

–Es verdad, éste andaba con él, porque es galileo.

Entonces Pedro dijo:

–No sé de qué me hablas.

E inmediatamente, mientras estaba hablando, cantó un gallo. Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro. Pedro se acordó de que el Señor le había dicho: “Hoy mismo, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces”; y saliendo afuera, lloró amargamente. (Lc 22, 54-62)

[espacio de la escucha]

Observa

La escena se desarrolla en un interior, donde se destaca la figura de un anciano, sentado en el suelo y llorando. Rembrandt es calvinista y, por lo tanto, no tiene intención de presentarnos a Pedro como símbolo de la Iglesia oficial y el magisterio, por eso los elementos narrativos están reducidos a lo esencial. Sin embargo, le interesa siempre destacar el hombre y su estado de ánimo: confusión, rotura interior, vacío.

Pedro, aun habiendo estado prevenido, acaba de negar a Jesús. *“Saliendo de aquel lugar, lloró amargamente”* (Lc 22, 62). Rembrandt ha situado la escena en un interior desolado. La luz descarga su intensidad para nuestra atención se concentre en la cabeza y las manos. Pedro ataviado de una forma muy sobria, está arrodillado sobre un montón de paja. Contrasta la pincelada suelta, larga y de color neutro que ha empleado en paredes y vestidos, y la pincelada corta y pastosa que se recrea en manos y frente. La mirada ausente y acuosa, la boca entreabierta y el aspecto envejecido que le da la barba blanca, dan una intensidad emotiva inusual.

El fracaso

Contempla el cuadro con una mirada circular: empieza mirando la periferia, introdúctete en esa estancia misteriosa. Tienes delante a un hombre vencido, acabado por su propia presunción. La pincelada cargada en la frente y en las arrugadas manos, denota un gesto contraído que ha sido mantenido desde hace un rato, en él se contiene la tensión de un alma que se deshace en angustia. Los ojos ausentes, se pierden en “no se sabe qué” oscuro lugar, quizá añorantes de la inocencia perdida, quizá enganchados todavía a la última mirada del maestro. La boca medio abierta en un gesto patético de querer pronunciar una excusa y no poder. Deliberadamente ha sido pintado viejo, con la barba y el cabello blanquísimos, que recogen toda la intensidad de la luz directa. Como si el autor nos dijera que su error no ha sido algo puntual, sino que es toda su vida la que ha sido derrotada.

Su traición es una total negación de lo que él es, de su imagen y de su propia dignidad humana, porque él había sido elegido como cabeza del grupo de los doce. ¿Qué le queda? Ni su fe vacilante, ni su voluntarismo humillado, ni su experiencia sorprendida, ni el liderazgo entre los discípulos... Nada. Todo ha sido reducido a la paja sobre la que está sentado.

Recuerda los momentos en los que te has sentido culpable, sorprendido a ti mismo por tu comportamiento o tus actitudes. Esos momentos de lucidez implacable en los que uno se extraña de cómo es posible llegar a tanta humillación. Recuerda cómo no hay mayor soledad que la del hombre derrotado por su propia traición. Identifícate con el alma de Pedro.

Fíjate en los ojos. Pedro ha terminado las lágrimas. Su mirada se pierde en esa especie de desvarío ausente que sigue al llanto. Parece como si el reproche se hubiera agotado y solo quedase el vacío.

La invocación

Ante el gesto de la cara cobra fuerza la línea de fuga que acaba en las manos, entrelazadas con fuerza. Fíjate en ellas. En medio del sinsentido y con la misma ferocidad, el alma de Pedro rompe el aislamiento, el ensimismamiento y reclama a Dios con una invocación. Las manos apretadas son un acto de fe desesperado. ¿Qué podrá estar encerrado en esas manos suplicantes? ¿Quizá las palabras del Salmo 50: “Dios mío por tu bondad, borra mi culpa[...], tengo siempre presente mi pecado[...], pecador me concibió mi madre”? Céntrate en este gesto tremendo. Enlaza tus manos de la misma forma. ¿Qué invocas tú?

La respuesta iluminada

En el cuadro no solo hay lamento, hay también respuesta. La luz no solo tiene la intención de resaltar los gestos, sino que es una luz que viene de arriba, intencionalmente simbólica. Es la respuesta de lo alto, El que es la luz no deja nunca de iluminar, aunque nuestro corazón esté en tinieblas.

Las llaves tiradas en el suelo de una forma descuidada, son la imagen de que la promesa, a pesar del pecado, sigue vigente: Pedro sigue siendo la Piedra donde Jesús ha de edificar la Iglesia. Dios no lo ha juzgado indigno por su traición. Parece una contradicción, pero él, precisamente el pecador, el traidor, el cobarde, será quien reciba el poder de “atar y desatar” a los pecadores de sus pecados. ¿Quizá porque él sabe cuánto aprietan las cuerdas del pecado? Es así como nuestra debilidad se convierte en un recurso inestimable cuando se trata de llenar el mundo de misericordia.

[espacio del corazón]

Momento de silencio y de compartir.

Quien quiera puede compartir en alta voz una pequeña reflexión, un trozo de la Palabra de Dios que le haya llamado la atención. Puede también pedir por algo o alguien, o dar gracias.

En mi debilidad, me haces fuerte. En mi debilidad, me haces fuerte.
Solo en tu amor, me haces fuerte. Solo en tu vida, me haces fuerte.
En mi debilidad te haces fuerte en mí.

Padrenuestro

Oración final

Señor, Dios nuestro, nos has hecho débiles para hacernos gustar tu fuerza. Nos has hecho frágiles para que sintamos cuánto puedes llegar a amarnos. No permitas que desfallezcamos bajo el peso de la culpabilidad, del voluntarismo o del perfeccionismo. Concédenos el don de descubrir que somos amados en nuestra debilidad. Por Jesucristo, tu Hijo y nuestro Señor.